

ENZO BIANCHI

**PALABRAS DE  
LA VIDA INTERIOR**

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2026

Dedicado a  
ANDRÉ LOUF

Tradujo la edición castellana Fausto Jiménez Rodrigo  
sobre el original italiano *Lessico della vita interiore. Le parole della spiritualità*

Cubierta: imagen digital realizada por C. H. Martín para Ediciones Sígueme

© Qiqajon, Bose 1999

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2284-4

Depósito legal: S. 555-2006

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Introducción: Itinerarios</i> .....	11
Vida espiritual .....	15
Ascesis .....	19
Santidad y belleza .....	22
Sentidos y espíritu .....	26
Vigilancia .....	29
Lucha espiritual .....	32
Idolatría .....	39
Acedia .....	43
Desierto .....	46
Espera del Señor .....	50
Búsqueda de Dios .....	53
Paciencia .....	57
Fidelidad en el tiempo .....	61
Conversión .....	67
Atención .....	70
Escucha .....	73
Meditación .....	76
Memoria de Dios .....	79
Memoria .....	82
La oración, un camino .....	85

Lectio divina .....	88
Contemplación .....	93
La palabra de la cruz .....	97
La oración, una relación .....	101
Primero la escucha .....	104
Oración e imagen de Dios .....	108
Oración de intercesión .....	112
Orar en la historia .....	116
Oración de petición .....	119
Oración de alabanza .....	123
Oración de acción de gracias .....	127
Silencio .....	130
Castidad .....	135
Obediencia .....	138
Pobreza .....	141
Ayuno .....	145
Esperanza .....	148
Perdón .....	152
Amor al enemigo .....	155
Humildad .....	159
Conocimiento de sí .....	163
Soledad .....	166
Comunicación .....	169
Comunión .....	172
Enfermedad .....	175
Vejez .....	179
Muerte y fe .....	182
<i>Epílogo: Alegría</i> .....	187

## PRÓLOGO

El abba Antonio dijo:  
«Llegará un día en que  
los hombres se volverán locos  
y, cuando vean a uno que no lo esté,  
se lo reprocharán diciendo:  
‘Tú estás loco’,  
porque no es igual que ellos».

Han pasado algunos años desde que decidí reunir en un volumen diversas reflexiones en torno a «palabras» capaces de trazar un recorrido sobre los elementos constitutivos de la «vida interior», de sondear esa dimensión que toda persona guarda en su intimidad y que sin embargo en ocasiones olvida, sobre todo en esta época en que parece dominar la apariencia, la exterioridad, la imagen.

Las páginas que surgieron en su día, para mi agradable sorpresa y superando cualquier expectativa, han sobrepasado los ámbitos a los que inicialmente estaban destinadas. Fueron traducidas a varias lenguas, suscitando el interés y gozando de favor entre lectores de mundos culturales muy diversos. Lo cual confirma que la interioridad es un elemento humano que desborda el universo religioso y de pensamiento que la define y la plasma para cada persona en particular.

De hecho, son páginas que se alimentan de la tradición judeocristiana y de mi constante cercanía a los textos bíblicos y a la vivencia de la espiritualidad de las Iglesias de Oriente y de Occidente. Precisamente por nutrirse de estas raíces, creo que recogen elementos universales en los que puede verse reflejado cualquier ser humano.

En un tiempo en el que muchos se apresuran a trazar escenarios de guerras de religión y de choques entre civilizaciones, he intentado «tender puentes» para un posible diálogo, para un reconocimiento recíproco de lo que cada uno atesora en el corazón. En la presente edición, algunas «voces» nuevas atestiguan que el itinerario no está concluido, que el descubrimiento de lo que nos habita no es un círculo vicioso, sino un cruce convincente de conocimiento de sí mismo y de conocimiento del otro, de salvaguarda del pasado y de mirada abierta hacia el futuro, de búsqueda de un Dios que da sentido a la vida y de combate contra los falsos dioses que esclavizan al hombre.

Como cualquier otro diccionario, tampoco éste sustituye la esencia de la realidad que intenta delinear. De la misma manera que «conocer» algunas palabras no significa saber articular un lenguaje coherente y comprensible, definir la «vida interior» tampoco significa vivirla cotidianamente. Pero sin duda ayuda a hacerlo.

## INTRODUCCIÓN

# ITINERARIOS

«¡Padre, deme una palabra!». A principios del siglo IV de nuestra era, cuando el cristianismo estaba a punto de convertirse en religión oficial del imperio y de impregnar las costumbres de la sociedad pagana, comenzó a resonar con insólita frecuencia esta petición de desconcertante sencillez en los desiertos de Egipto y de Palestina, de Siria y de Persia. Visitantes ocasionales o hermanos inexpertos acostumbraban a dirigirse así a un «anciano» para pedirle una enseñanza que, nacida de su experiencia de vida en el Espíritu, pudiese resultar de valiosa ayuda en la senda tras las huellas del Señor; *una palabra para la vida* que, exigida por la experiencia cotidiana, pudiese dotarla de un *sentido*; una palabra proveniente del exterior, pero capaz de descender hasta las profundidades del ser; un acontecimiento externo capaz de orientar la interioridad del oyente.

Transmitidas desde la boca al oído, acogidas en el corazón, meditadas y puestas en práctica, estas palabras, *ecos de la Palabra*, acabaron pronto por constituir un auténtico y preciso «vocabulario del desierto», proporcionando así un lenguaje a la espiritualidad y otorgando un nombre a las diversas realidades del Espíritu. Este «poner nombre» a las cosas significa dar el primer paso para su conocimiento, para comenzar a poseerlas, para adquirir una conciencia de ellas que no se detiene en el nombre.

Así aparecieron bien pronto colecciones de «dichos y hechos de los Padres del desierto», redactadas con la intención de difundir lo más posible estas palabras de sabiduría, de poner remedio a la inevitable desaparición, en el tiempo y el espacio, de auténticos «padres» y de retardar la consiguiente decadencia de la calidad de la vida cristiana. Quien las compilaba era consciente de sus propios límites; más aún, precisamente por ello brotaba el deseo de difundir mensajes que superasen tales límites. También era consciente de los riesgos que asumía al emprender semejante tarea: «Los profetas escribieron libros, los padres llevaron a cabo numerosas obras inspirándose en ellos, sus sucesores las aprendieron de memoria, nuestra generación las ha copiado en papiros y pergaminos y las ha dejado reposar en los anaqueles». Sin embargo, a pesar de todo, la transmisión continuaba: nuevas generaciones planteaban preguntas y encontraban respuestas, si no directamente de los labios del *abba*\*, al menos sí en las sentencias de algún manuscrito leído o copiado una y mil veces, o en las reflexiones compartidas en una *collatio* comunitaria, uno de aquellos momentos de intercambio fraterno en que cada quien es al mismo tiempo *abba* y discípulo del otro, con la única condición de ser auténtico en el hablar y en el obrar.

Con las páginas que siguen, quisiera sumarme a esta cadena ininterrumpida de transmisión. Por lo demás, su origen es análogo al de las colecciones más autorizadas de los primeros siglos del cristianismo. El presente vocabulario ha nacido en respuesta a peticiones de hermanos, hermanas y huéspedes de mi comunidad. Su forma escrita pretende dialogar con un auditorio más amplio e igualmente interesado, sean creyentes

\* Término arameo que significa *padre*. Por extensión se aplica al abad de un monasterio, pero también a una persona anciana caracterizada por su ejemplaridad y buen consejo.

que forman parte de la Iglesia, sean personas que se encuentran fuera de ella.

Las más famosas colecciones antiguas estaban ordenadas de modo «alfabético» (según el nombre del *abba*) o «sistemático» (según el argumento tratado). Yo he preferido adoptar como metodología aquella que surge de las referencias y reclamos, aquel itinerario según el cual un término llama a otro, explica algunos de sus aspectos, deja otros para retomarlos más adelante. Se trata de un método antiquísimo que, a partir de las concordancias bíblicas, ha dado vida a infinitas variantes de diccionarios analógicos o léxicos temáticos y que continúa proporcionando el criterio de selección para las «voces» que hay que incluir en las más modernas enciclopedias, aunque se ordenen luego en riguroso orden alfabético. Este método ha encontrado una increíble e inesperada actualidad en la manera de navegar en «la red», pues ¿qué son, de hecho, los populares *links* sino el fruto de asociaciones de pensamiento, de «conexiones» mentales antes que informáticas?

Por tanto, en estas páginas me he dejado guiar por la tradición bíblica y patrística (la cual me ha precedido y me ha ayudado en mi formación) para responder a las peticiones que me vienen de cuantos, con sinceridad y pasión, no cesan de «pedirme razón de la esperanza que hay en mí» (cf. 1 Pe 3, 15). En este itinerario no lineal, pero siempre orientado, el lector tendrá que desandar de vez en cuando el camino seguido; bien es cierto que según se avance en él, resultará más diverso el panorama, cambiará el punto de vista y será diferente la opción escogida.

He pasado casi de puntillas por algunos «lugares», confiando en que su riqueza destaque por sí misma con tan sólo ofrecer unos pocos rasgos esenciales. En cambio, otras veces —como por ejemplo en la oración— he querido detenerme, in-

tentado aproximarme desde ángulos distintos a una inalcanzable comprensión de conjunto, como la luciérnaga que danza en torno al fuego y acaba por conocerlo de verdad cuando se arroja en él. Es el precio que he creído que debía pagar en mi intento de permanecer fiel al Espíritu, atento a lo nuevo que se abre paso en nuestras vidas, en escucha de lo otro que desbarata los planes previstos.

Con todo, existe una especie de hilo conductor que me ha acompañado en este itinerario de espiritualidad cristiana. Se trata de la convicción de que *nuestra vida tiene un sentido* y de que a nosotros no nos toca ni inventarlo ni determinarlo, sino simplemente descubrirlo presente y activo en nuestro interior y a nuestro alrededor. Pues, una vez reconocido, nos concede como regalo la libertad de acogerlo.